

decir, los apoderados de sustres gobiernos, cuyos tratados contienen una cláusula que dice: «Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado esos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompan las negociaciones, las fuerzas invasoras desocuparán dichas posiciones y volverán á colocarse en la línea de Paso del Macho y Paso de Ovejas.»

—Buena memoria tiene el licenciado: ya conocíamos aquí ese convenio.

—Pues es el que ha sido quebrantado por el jefe francés, escupiéndolo en la firma de los apoderados de las altas potencias contratantes.

El coronel, que había servido casi siempre en el ejército, tenía sus afecciones por la monarquía y quiso atenuar aquello exclamando:

—Pero Laurencez ha dicho que se vió en la necesidad de proteger sus hospitales en Orizaba.

—¿Protegerlos? ¿contra quién?

—Contra Zaragoza que dijo en una carta que no se comprometía á prestarles ninguna atención.

—Es falso. El artículo 5º de los preliminares de la Soledad los puso bajo la salvaguardia de la Nación mexicana y Zaragoza en su carta ofreció las más completas seguridades para los franceses.

—Sí, todos lo sabemos bien, dijo con ímpetu el joven estudiante Ernesto Dominguez, no fué mas que un pretexto vil el de Laurencez fingiendo no entender bien los términos de la carta, para dejar el mal clima y tomar sin ningún trabajo las posiciones fortificadas.

—Usó de un ardid de la guerra.

—Pero fué un ardid de mala ley que no se permite entre hombres de honor, ni menos cuando hay de antemano un pacto solemne.

—Y luego, agregó el abogado Camacho, que bien se vieron antes de escrita la carta cuales eran las intenciones de los delegados. ¿No se dió á Almonte un cuerpo francés de escolta para que se pronunciara en Orizaba?

—Como ya los franceses vinieron con instrucciones de Napoleon para quitar á Juarez y establecer la monarquía en México, repuso el coronel, toda su conducta tiene que ser lógica.

—No se necesitaba hacer uso del engaño y la perfidia. ¿Qué objeto tuvieron los tratados de Londres, los preliminares de la Soledad y las proclamas con que se ha venido protestando el respeto al régimen interior de la República, si se sabía de antemano que nada debía cumplirse? Eso parece tender únicamente á deshonorar á la Francia.

Doña Asunción, viendo el mal giro que tomaba el debate, se apresuró á decir:

—Vamos al comedor á tomar el té.

No por eso dejaron los hombres de discutir por el camino, y aun sentados ya á la mesa siguieron hablando de lo mismo, puesto que era lo único que preocupaba en aquellos momentos la atención de todos los mexicanos.

El abogado dijo:

—Aun la forma de la declaración de guerra ha sido inusitada, puesto que en realidad no la ha habido. No es esta mas que una invasión sin precedentes en

que se viene á levantar á un partido caído y quizás despreciado de la Nación.

—Poco á poco, exclamó el coronel que acababa de dar un sorbo de chocolate, se habrá vencido á los conservadores porque la suerte de las armas siempre es incierta; pero defendiendo ellos el catolicismo y siendo el país católico, los mexicanos en su mayoría tienen que estar del lado de los conservadores.

—Usted sabe bien, señor coronel, puesto que conoce nuestra política de tantos años, que aquí no se trata de cuestiones religiosas, sino de pretextos invocados por la sed de mando.

—Pero el mando se quiere para proteger la religión.

—¿Y quién le hace nada á la religión?

—Los liberales que han quitado sus bienes al clero, que han desterrado á los obispos y dado las leyes de Reforma, que abolieron los conventos y tantos horrores establecieron.

—En ningún país del mundo se permite ya que el clero tenga bienes raíces, porque es anti-económico y anti-político, y si los obispos fueron desterrados ellos se lo buscaron, dejando su misión de paz para mezclarse en las revueltas, provocarlas y aun sostenerlas con el dinero de la Iglesia.

El coronel no pudo contestar estos argumentos, tanto más cuanto que no era aferrado á las ideas monárquicas á que solo le inclinaba el espíritu de compañerismo y sentía en su interior la lucha de si sería de buena ó de mala fé aquella intervención y de si debía ó no tenerse confianza en Almonte y los demás traidores que quizás por su mucha ambición

se colocaban bajo el abrigo de los pabellones extranjeros. Eso por lo que respectaba á la cuestión de actualidad, pues que en cuanto al clero, como los demás militares de la época de Santa Anna, no lo consideraba sino como un elemento explotable para mantener la discordia, y así fué que después de reflexionar un momento, dijo:

—Yo no sé en qué vendrá á parar todo esto; pero me parece que bien pudo escogerse otro camino menos sembrado de escollos.

—Sí, señor coronel, dijo suspirando el abogado, porque aun en el supuesto de que dominen el país los franceses y establezcan un monarca, ¿qué ganarán los hombres públicos de la nación? ¿Con qué podrán pagar las deudas injustas que reclamen las naciones aliadas y los gastos que hagan y sigan haciendo en una guerra que tal vez será de muchos años? Si el país está ya aniquilado con las revoluciones, ¿de dónde podrá dar el dinero que cuesta una monarquía y el mantenimiento constante de un ejército extranjero?

—Diré á ustedes, exclamó el doctor Gutierrez, yo era uno de los que creía que solo el brazo de una fuerte potencia extranjera podría aquí ponernos en juicio y afirmar la paz; juzgaba en mi fuero interno que la intervención de las tres grandes naciones aliadas sería benéfica para esta República en el sentido de dotar al país de un buen gobierno; pero desde que he visto más claro, esto es, que Napoleon está animado del espíritu de conquista y que nuestros hombres pasan por todo género de humillaciones para sacar un provecho mezquino, desde que he visto las perfi-

días de los comisarios franceses y que Almonte ha descendido hasta falsificar firmas en sus actas de pronunciamientos, tengo horror á esa intervención.

—¿Cómo es eso de falsificar firmas, exclamó el coronel, y en un documento solemne como es una acta de pronunciamiento?..... ¿quién se atrevería á suponer?....

—Nadie supone nada, amigo mio, ahí están cuatro mexicanos protestando contra la superchería que se hizo en Córdoba, y son D. Leonardo Higuera, D. José A. Nieto, D. L. H. Hernandez y D. Dolores Benitez, lo mismo que ocho españoles que han expresado enérgicamente su indignación por haberse tomado sus nombres para hacer larga la lista de los pronunciados. En el *Siglo XIX* y en otros periódicos puede usted ver las protestas.

—Pues no debían cometerse tales indignidades.

—Pero si todo cuanto viene haciéndose es una indignidad, desde los engañosos tratados y las engañosas proclamas, hasta la infamia de venir á ensangrentar nuevamente un país que con tantos trabajos se había pacificado.

—No, pacificado no; todavía quedaban y quedan en pie Márquez y otros caudillos de la reacción.

—Que hubieran sucumbido si no les llega tan inopinadamente el sostén de un ejército extranjero. De aquí en adelante solo Dios sabe lo que sucederá y á quien habrá determinado darle la victoria de las armas.

Como la conversación se animó y se hizo general, Ernesto pudo aproximarse á Aurora y decirle muy quedo.

—Yo vine á verte por la última vez.

—¿Qué estás diciendo?

—Mañana marchó para Puebla.

—¡Dios mio!

—Calla, Aurora, que no lo observen porque es un secreto.

—Pero Ernesto de mi alma, ¿qué vas á hacer á Puebla? le preguntó Aurora comenzando á alarmarse.

—Voy á cumplir con mi deber: á defender á mi patria.

—Lo que habías de hacer era concluir tus estudios.

—Varios jóvenes los abandonaron antes para ir á tomar las armas y yo no quiero ahora ser menos que ellos.

—Todavía si los franceses estuvieran á las puertas de México, quizás no me opondría tanto á tu determinación; pero irte por tu gusto al teatro de la guerra sin ser militar.... ¡es una locura, Ernesto!

—Yo quiero ganar para tí laureles....

—¡Qué laureles ni qué tonterías! lo que vas á hacer es á darnos un pesar á mí y á tu familia.

—Siento correr en mis venas la sangre del soldado.

—Lo que sientes es la influencia que tienen sobre tí los malos amigos que te aconsejan.

—Si no hubiera otros, yo solo me iría.

—¡De modo que es una determinación formal!

—Ciertamente. Si me fuera atrás me cubriría de ridículo, porque se diría que yo soy el que ha excitado á los demás.

—¡Ay, Ernesto! ¡no sabes lo que me haces sufrir!

—Yo volveré cubierto de gloria, ó dejaré mi vida en los muros de Puebla.